

Serra, Hugo Rodrigo

La forma feria de la economía popular latinoamericana y el sujeto posneoliberal: Entre el comercio, el trabajo y la exclusión

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

Serra, H. (2014). *La forma feria de la economía popular latinoamericana y el sujeto posneoliberal: Entre el comercio, el trabajo y la exclusión*. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En *Memoria Académica*.

Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4436/ev.4436.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

La forma feria de la economía popular latinoamericana y el sujeto posneoliberal. Entre el comercio, el trabajo y la exclusión

Hugo Rodrigo Serra (ETS-UNC/CTEP)
hugorodrigoserra@gmail.com

El presente trabajo busca ser una contribución en la discusión más amplia respecto del sujeto de la economía popular latinoamericana ¿excluidos, microempresarios o trabajadores? A partir de ello se pretende explorar en la construcción de la subjetividad económica de los individuos que actúan en la Feria de economía popular de Villa el Libertador (Ciudad de Córdoba) adentrándonos en los roles y personajes que integran el entramado interaccional de ese espacio económico, teniendo como hipótesis el asenso de una subjetividad diferente que no puede reducirse a las perspectivas clásicas de abordar lo que los organismos internacionales llaman “economía informal”

Economía popular – identidad – informalidad

El presente trabajo es un avance de las conclusiones de la investigación sobre el trabajo en la economía popular, realizado en el Barrio de Villa el Libertador de la Ciudad de Córdoba durante el año 2012 y 2013. En él se pretende hacer un abordaje de la subjetividad de los actores que realizan actividades lucrativa en las márgenes del mercado de trabajo, sea como actividad principal o como complemento de ingresos, en el sector de la Economía popular. Así se busca abordar la actividad de los trabajadores de la economía popular para captar como se ven a sí mismos. Desde la perspectiva de la dramaturgia social.

Rutina económica, trabajo y actuación

La “plaza”, como un conjunto de actores que desarrollan una actuación económica colectiva, es una forma institucional propia de la economía popular

latinoamericana, toda vez que constituye un conjunto de actuaciones y prácticas particulares que canalizan los intercambios de bienes mediante conductas recurrentes que adquieren cierta estabilidad, en la medida que su repetición garantiza que ocurran y que sigan ocurriendo los intercambios en el tiempo mediante una forma de integración de las descritas por Polanyi (Polanyi, K. 2009). Es preciso diferenciar entre la forma de integración mercado y el mercado como sitio donde se concretan los intercambios. Mientras el primero se trata de un mecanismo institucional que regula la producción y circulación de ciertos bienes, el segundo es una actuación económica en la que el primero se realiza, aunque su organización interna no responde necesariamente al esquema oferta-precio-demanda, sino que es la puesta en escena de uno de los extremos de un mecanismo institucional. En la economía popular latinoamericana un mercado adquiere diferentes nombres, Feria (Chávez Molina, E.2010), Tiangues (México y Guatemala), qhatu en Bolivia (Yampara, S. 2007) o simplemente la “Plaza” en el caso de Villa El Libertador, Córdoba. Así, “La Plaza” como le llaman sus trabajadores y clientes, se trata de un conjunto de actuaciones con carácter económico individual, propias de la economía popular latinoamericana, que escenifican un mercado tipo “bazar” (Geertz, C. 2001:140; Polanyi, K. 2009:228) donde la población local adquiere bienes para el consumo, donde se revenden ciertas cosas de poca duración manufacturadas, pero que no es formador de precios, sino que constituye un punto de conexión entre el mercado como forma institucional y el consumo de las masas.

Si de acuerdo con la tesis formalista sobre la problemática económica en las ciencias sociales una actuación es considerada objetivamente económica en la medida en que exista maximización, o por lo menos cálculo maximizador, para la tesis sustancialista será económica en la medida en que implique la búsqueda de la satisfacción de necesidades mediante conductas institucionalizadas (Kaplan, D. 1974). Desde el punto de vista dramático (Goffman, E. 2009) puede decirse que una actuación es económica en la medida en que el papel desempeñado por el actor adquiere una significación económica, en términos sustantivos, en el contexto de interacción de los actores, es decir que se orientan a la satisfacción de las necesidades del sustento, o lo que signifiquen las necesidades en ese contexto particular.

Así, una actuación que es económica por maximizadora puede no ser económica en términos sustantivos, y viceversa, a la vez que una actuación de un sujeto que no busca valorizar el capital, es decir aumentar el capital comercial del que dispone, puede ser económica en la medida en que esa actuación individual busca recursos materiales

para la satisfacción de las necesidades del sustento del individuo y su grupo asociado, que es lo que caracteriza a la economía popular. La actuación desarrollada por los actores individuales en ese mercado local se hace por cuenta propia, es decir fuera de una forma de integración de mercado aplicada a la fuerza de trabajo, pero a la vez se orienta a la satisfacción del consumo necesario para la reproducción de los individuos que integran la unidad doméstica y no a la valorización del capital comercial.

Decir trabajo en el economía popular es hacer referencia a una actuación económica que no necesariamente representa una relación social de producción del tipo de la relación salarial capitalista. En ese sentido se entiende por trabajo la actividad que ejecutan los actores para obtener bienes e ingresos que les permitan satisfacer necesidades orientadas a la reproducción de la vida (Coraggio, J. 1996), en la medida en que la fuerza de trabajo no circula como una mercancía sino que se orienta a su combinación con los recursos propios de los actores.

En la economía popular, incluso desde los debates en torno a la informalidad (Bangasser, E. 2000) viene a reconfigurar los significados del trabajo como actividad, en la medida en que el trabajo era una performatividad económica netamente mercantil, es decir que esa actuación conformaba una forma de integración de mercado, pasa a cambiar su significado a partir de la gran desocupación o de grandes masas que no ocupaban lugares dentro de ese mecanismo regulatorio de la fuerza de trabajo.

Las trayectorias laborales de los trabajadores-vendedores de la plaza

La vida económicamente activa de un actor, es decir ese período en el que desarrolla actividades a cambio de una remuneración o que busca activamente trabajo (INDEC 2003) es decir en que es considerado activo de acuerdo con las definiciones estadísticas, puede verse como una carrera en el sentido de un proceso temporal en el que a través de los años los actores van introduciéndose en las prácticas de obtener ingresos (sea cual fuere la actividad que realizan), adquiriendo ciertas habilidades, conocimientos, capitales, tejiendo relaciones y redes de conocimiento personal, habilidades en el desempeño de sus papeles, adquiriendo roles etc. hasta llegar, o no, a la pasividad. En general se tiene la mirada de esta carrera como de una escalera en ascenso, en la que se ingresa al “mercado de trabajo” o a la vida laboral activa, se ganan ingresos, como en una escalera se suben posiciones sociales y finalmente llega a la culminación. El mundo de la economía popular no necesariamente se condice con esa

mirada esquemática propia del fordismo como forma de organización del trabajo y el Estado de Bienestar como garante de la acumulación capitalista.

Ser un trabajador de la economía popular o un trabajador por cuenta propia (Núñez Soto, O 2011) implica un proceso, una carrera laboral, en el sentido de ser una trayectoria social recorrida por una persona en el transcurso de su vida, independientemente del “éxito” o el “fracaso” a su finalización, y que se relaciona con aspectos subjetivos, como la imagen de sí mismo que forma en ella, y cuestiones objetivas como las relaciones sociales, jurídicas y personales que engendra. (Goffman, E. 2009a:135). En esa carrera en la economía popular la estabilidad y el asenso pueden aparecer como relativizados en la medida en que las trayectorias de esos hombres y mujeres pueden existir trabajos formales antes, un pasado de empleos industriales, negocios o un taller en que se desarrolla un oficio y a continuación el trabajo en la plaza. En el caso de las mujeres puede no haber un empleo previo y si haber una inicio relativamente tardío en el mundo del trabajo a partir de una situación de separación de pareja con la pérdida del ingreso principal en el hogar. En particular cada uno de los puesteros tiene su carrera y la percepción de lo que los distintos puntos significa para ellos.

Así, Glenda (52), es separada y madre de un hijo de 20, con estudios universitarios incompletos en ingeniería electrónica. Ella padece de una patología incapacitante, polifosis hepato-renal que limita severamente sus movimientos. Su carrera laboral se ha extendido durante 31 años, habiendo empezado a trabajar ya en edad adulta, por lo que su duración es menor a la de otras vendedoras y vendedores. Para Glenda su formación, el hecho de haber llegado a estudiar algunos años de ingeniería ha sido importante y se encarga de mostrarlo a lo largo de la entrevista. Valora su paso por la universidad como algo positivo.

Sus empleos han estado ligados a esta capacitación, varios de ellos han sido en el sector de la electrónica, casi un tercio de su carrera laboral, pero esos tres empleos en el sector han sido siempre terciarizada o bajo alguna forma de prearización laboral, trabajando a destajo en su hogar sin un vínculo laboral en regla, sino respondiendo a la flexibilización y terciarización creciente de las empresas del sector tecnológico. Por otra parte, las pausas en su carrera han estado ligadas primero al matrimonio y luego a la maternidad, como épocas en las que no trabajaba. De la totalidad de 7 empleos que ha tenido en su vida el más durable ha sido su actividad en la plaza (durante diez años hasta el presente), actividad en la que comienza para completar los ingresos del

programa social para desempleados que recibía (ya no lo tiene) y para obtener ingresos dado que ya no puede trabajar en electrónica. A la fecha le faltan ocho años para alcanzar la edad jubilatoria con más de 30 activa pero sin aportes para jubilarse ni salario indirecto. Así ha pasado toda su carrera desempeñándose en todas las facetas de la informalidad, desde el trabajo por cuenta propia hasta la terciarización y la precarización, para recalar, finalmente, en la economía popular.

Erminda, 48, con estudios primarios incompletos, casada con 3 hijos, posee también una carrera diatada, pero comienza a trabajar más tempranamente, aún siendo menor de edad (16 años), en tareas domésticas a las que va a permanecer ligada siempre. Con menor educación formal que Glenda sus empleos no se vinculan a tareas especializadas sino a los servicios para la reproducción de la unidad doméstica. Su carrera comienza tempranamente y se corta a partir de matrimonio en la medida en que su marido, empleado del sector automotriz, sostiene la economía doméstica durante 8 años, y vuelve a la actividad, ahora en la plaza a partir de que su marido queda desempleado. Su carrera puede verse en tercios, un primer tercio en el servicio doméstico, un segundo en el hogar y un tercero (desde 2002 a la fecha) como vendedora en la plaza. Su marido vuelve a trabajar pero ella sigue porque así puede disponer de ingresos propios. Con diferentes grados de educación formal el caso de Glenda y Erminda comparten la característica de tener una carrera siempre fuera de los circuitos del mercado formal de trabajo.

Valeria, 35, vendedora, casada con hijos, con estudios medios completos, tiene una carrera de 23 años de duración, larga en comparación a su edad. Se inicia tempranamente en el trabajo, a los 13 años de edad, siendo aún menor. Comienza con el cuidado de niños actividad a la que agrega la limpieza, junto con su madre durante unos 5 años. Padece anemia crónica al igual que su madre. Al enfermarse su madre comienza a trabajar con ella para ayudarla, a los 15 años. A partir de que termina la educación media comienza a trabajar como cajera en un supermercado, en el que va a ser el único trabajo formal en relación de dependencia y no precarizado de toda su carrera, durante 3 años. Renuncia a este por problemas de salud. Luego tiene diferentes trabajos en ventas, en unos como vendedora externa y en otros mediante el sistema de comisiones, pero siempre sin estar formalizada o estando tercerizada. Luego de una pausa de 4 años por maternidad comienza a los 30 años a trabajar en la plaza como vendedora hasta el presente. Del total de sus 23 años de carrera ha tenido 9 empleos u ocupaciones, con 17 años en trabajos precarizados o por cuenta propia y sólo 3 años en un empleo formal.

Una carrera dilatada para su edad, con muchos trabajos, es decir signada por una fragmentación en las ocupaciones que tuvo. La más estable ha sido su trabajo en la plaza como vendedora.

Alejandro de 43 años y delegado de un sector, casado y con hijos, empezó a trabajar a los 16 años como repartidos. Hasta hoy se ha desempeñado en una diversidad de changas, o sea de trabajos puntuales, sin relación de dependencia. Comenzó como vendedor en la plaza en 2001 y alterna esta actividad con el cuidado de coches en un parque. De los 27 años que lleva activo la ocupación más estable ha sido el trabajo de vendedor en la plaza en el que lleva 14 años. Su inserción laboral nunca estuvo relacionada con el mercado formal de trabajo. Y se ha desempeñado en una diversidad de ocupaciones que también marcan, como en el caso de Valeria, una marcada fragmentación en las ocupaciones.

Raquel 50, casada con hijos y estudios medios completos. Lleva una carrera de una duración de 38 años. Comenzó a trabajar, como en los casos anteriores muy tempranamente a los 12 años de edad en la limpieza y el planchado. Como en los casos de Valeria y Erminda la maternidad ha marcado períodos de inactividad y como Erminda el ingreso del marido, en ocasiones, ha sido determinante para que comience a trabajar. Cuando acaba sus estudios medios, a los 18 años, comienza a trabajar en una fábrica de zapatos hasta que deja este trabajo por maternidad. Esa va a ser la única experiencia en un empleo formalizado en relación de dependencia. Luego de ser madre por primera vez se dedica a hacer trabajos en costura y zapatería durante 12 años en su hogar. De los 38 años de carrera Raquel no conoció una fragmentación tan marcada como el caso de Valeria, si un ingreso temprano en la actividad. De ellos 24 años corresponden a la misma tipo de tarea, las habilidades que Raquel aprendió de su madre en la confección de ropa y sólo 3 años en una relación de empleo formalizada. La carrera de Raquel ha sido más estable configura distintas etapas de acuerdo con situaciones, no es una escalera de ascenso.

Mingo y Ortiz tienen edades aproximadas y trayectorias coincidentes en algunos puntos. Mingo de 61 años, casado con hijas. Al igual que la mayoría de los entrevistados comienza a trabajar en la infancia (8 años) como ayudante de peón y chapista con un familiar. Aprende también sobre carpintería y trabaja en su propio taller hasta que debe abandonar la chapería por una enfermedad incapacitante que no le permite esfuerzos físicos. A partir de los 34 años comienza a trabajar también vendiendo productos de madera en la plaza los fines de semana. Mingo ha tenido una carrera dilatada, 53 años

hasta el presente, que se inicia muy temprano en la infancia, trabaja empleado en un oficio y luego se establece en el oficio por cuenta propia, hasta que no puede ejercerlo más por su salud. De ahí en adelante este rol de productor vendedor se dilata hasta el presente por espacio de casi 25 años.

En el caso del señor Ortíz, 60 años, en pareja con hijos que ya no viven con él, se inicia también tempranamente en la carrera activa, a los 11 años como repartidor de leche, lustrador de calzado y diariero, luego a los 14 años comienza a trabajar en obras como peón de albañil, más tarde, ya a los 23 años ingresa en una ocupación en una fábrica de lácteos en la que trabaja por espacio de 8 años. Luego a los 30 años nuevamente vuelve a trabajar en la construcción por espacio de 17 años hasta que en 2001 comienza a vender productos de plástico y juguetes en la plaza hasta la actualidad durante ya 12 años.

Ortíz al igual que mingo condensa una carrera dilata, 49 años, ambos han comenzado a trabajar muy tempranamente y en los dos el ejercicio de un oficio como albañil, chapista o carpintero es central en la historia de sus ocupaciones. En ambos casos el ser vendedor en la plaza representa la etapa actual en sus vidas pero es una ocupación que no habían ejercido con anterioridad. Para ambos se presenta luego de eventos particulares, una enfermedad incapacitante para mingo y la crisis económica en 2001 para Ruiz. En los dos casos el oficio está fuertemente marcado en las carreras laborales

Remedios (56), separada, madre de una hija en la universidad, con estudios medios completos, presenta un caso distinto al de las otras mujeres hasta aquí relatado. Al igual que Raquel tiene estudios medios completos, pero a diferencia de aquella el comienzo de su carrera es más tardío, a los 17 años como empleada administrativa en un estudio contable. A lo largo de los 39 años de duración de su carrera ha cambiado de lugar de trabajo en 3 ocasiones pero se ha mantenido dentro del rubro empleada administrativa en estudios contables. A los 49 años a raíz de un despido comienza a trabajar vendiendo cosméticos por catálogo y en la plaza al no encontrar empleo en su rubro, hasta tanto consiga hacer la cantidad de aportes necesarios y pueda alcanzar la edad jubilatoria. Mientras en Raquel la carrera se encuentra asociada, hasta hoy, al oficio de costurera aprendido de su madre, en Remedios no, para la primera el ingreso a la plaza no representa un quiebre rotundo ya que continúa produciendo sus propios productos a diferencia de la segunda para la que la tarea de ventas que desempeña actualmente. Así durante un total de 33 años desempeñó siempre tareas similares en las

mismas condiciones, empleada, regularmente, etc, a diferencia de esta última etapa a la que percibe como la finalización de su carrera hasta tanto su hija termine los estudios universitarios. En Raquel en cambio ese horizonte no es claro, sin posibilidades de jubilación, la venta es la continuidad de una carrera comenzada hace muchos años que no parece tener una finalización clara.

El caso de Carmen (59) separada con hijos menores, con estudios medios incompletos, también se inscribe dentro de las trayectorias dilatadas (44 años de carrera activa) con comienzos tempranos. Comienza a trabajar a los 15 años en una fábrica de productos de limpieza en la que sufre un accidente incapacitante hasta el día de hoy. Se desempeña allí por dos años y comienza a trabajar en el comercio de un familiar a la vez que realiza tareas de planchado y limpieza. Luego de un breve paso por la verdulería continúa con los trabajos de limpieza y planchado hasta que migra a córdoba en el año 94. ya en esta ciudad continúa en las mismas actividades hasta que en 2007, a los 53 años comienza a concurrir con una prima a vender a la plaza para ampliar sus ingresos como planchadora. En Carmen también se ve por un lado la fragmentación de los varios empleos, el comienzo temprano y la carrera dilatada pero a la vez cierta permanencia dentro de un rubro, las tareas de planchado y limpieza.

Las carreras de cada uno de los puesteros de la plaza son disímiles. Aunque puede, en general, trazarse algunos patrones de como los trabajadores se han desempeñado en ellas y cual ha sido su relación con la economía popular, es necesario también tomar cada uno de los casos en su propia especificidad. Un primer dato que surge es que el tiempo que transcurre desde el comienzo de su actuación económica hasta el tiempo presente, teniendo en cuenta los diferentes roles y papeles económicos que fue asumiendo en el tiempo, en la amplia mayoría de los vendedores es dilatado, es decir de varios años de duración, con inicios tempranos en la infancia, antes de la edad adulta o de la edad en que la legislación considera que puede asumirse el rol de trabajador (14 años) o comerciante (18 años). Es decir que el comienzo de la carrera económica de estos actores es anterior a lo establecido por el libretto oficial para estos papeles, siguiendo un desarrollo propio, un patrón especial más relacionado a la situación de los actores en la estructura social. En el caso de las mujeres, la carrera se encuentra mayoritariamente signada por la maternidad y por la pareja. Grandes períodos de inactividad en la carrera se condicen con el matrimonio y la maternidad, y momentos de reentrada en la actividad se relacionan con una caída en los ingresos de sus maridos o parejas o la falta de empleo de ellos.

Otra característica, en los varones mayores, aunque también en algunas mujeres, tiene que ver con las condiciones de salud como determinante en la adopción de roles de la economía popular. Carreras en oficios o empleos formales o por cuenta propia especializados o calificados que luego de un infortunio personal o de la imposibilidad de continuar trabajando en ellos se abandonan y se adoptan papeles en la economía popular. Así en general los temas de salud son percibidos por los actores como un condicionante que los determina en la elección del papel económico de vendedores de la economía popular, como se verá más detenidamente más adelante.

En los casos de los más jóvenes, ellos ya han iniciado sus carreras en la economía popular con fluctuaciones en empleos en relación de dependencia o no. Pero en general sus carreras están signadas por la fragmentación de la actividad, en el sentido de que en carreras iniciadas tempranamente cuentan con varias ocupaciones distintas en su pasado, de las que cambian en poco tiempo. En los más jóvenes o bien ya inician su carrera en la economía popular o tienen trayectorias laborales marcadas por la fragmentación en el sentido muchos trabajos distintos en pocos años.

A diferencia de la imagen fordista que se comentaba más arriba el patrón que siguen estas carreras no es ascendente y en escalas, sino que es sinuoso, entrecortado y fragmentario. Es importante poder ver los casos en su especificidad. Cada caso tiene sus características que se relacionan con una historia vital particular de cada actor. En ese sentido historias vitales con similitudes guardan también similitudes en las carreras ocupacionales. Algunas mujeres dependen de las fluctuaciones de los ingresos de sus maridos, en el sentido de que cuando estos son más cuantiosos no tienen la necesidad de trabajar. En general todos tienen carreras dilatadas con ingresos tempranos en la minoría de edad e incluso en la infancia. En muchos vinculadas a un oficio manual como la mecánica o la construcción o la confección.

Que significa esta fragmentación de las carreras? Quiere decir que los actores han tenido una cantidad significativa de actividades diferentes a lo largo de su carrera en diferentes rubros o en el mismo. Carreras dilatadas con ingresos tempranos en la actividad a la vez que una diversidad de ocupaciones de tareas disímiles, distintas y en diferentes lugares y momentos. Por contraste se puede decir que a diferencia de empleos estables en relación de dependencia donde los sujetos actúan muchos años a las órdenes de un solo patrono, o que ejercen por cuenta propia un oficio muchos años. En general la fragmentación se advierte en las mujeres más que en los varones, los que tienen oficio

y lo ejercen de continuo salvo cuando, por alguna circunstancia particular, ya no pueden ejercerlo.

Si bien algunos de los trabajadores de la plaza han conocido el trabajo asalariado en relación de dependencia otros nunca se incorporaron a él. Así hay tres tipos de ocupaciones en sus carreras: trabajo asalariado, trabajo en oficios por cuenta propia, trabajos informales o precarizados (doméstico por hora y sin inscripción etc, o sea trabajo asalariado en el que se obviaban las regulaciones del mercado de trabajo) o trabajos de la economía popular. Los actores llevan inscripto en sus carreras marcas de la temporalidad. En algunos casos de la temporalidad propia y otras veces de la temporalidad histórica, de los macro procesos que vivieron. Esas marcas de la temporalidad forman parte de la identidad personal, del yo del individuo. Son marcas a veces visibles o a veces audibles, en la narrativa de su personalidad histórica. De eso se trata la carrera. Para algunos el evento de la pérdida del empleo, en el caso de rosario, una marca típica de la reestructuración y la flexibilización laboral neoliberal. En los casos de mingo y ortíz como signo de trabajadores de oficios en medio de una reconversión tecnológica.

Performance económica e ingresos

El trabajo enajenado (Marx, K. 2010:107), o la fuerza de trabajo escindida del trabajador, regulada a tarvés del mecanismo institucional del mercado, convertida en una mercancía ficticia (Polanyi, K. 2011), implica la práctica de una performance productiva, en el sentido de tener como finalidad la concreción de un producto o servicio, guionada o dirigida por un actor patrono quien paga dinero a cambio de esa actuación en ciertas condiciones. Pero el trabajo es intercambio de fuerza productiva a cambio de dinero sólo bajo la regulación mercantil, lo que no excluye otros sentidos del significativo trabajo bajo otras condiciones. Puntualmente a partir de la reestructuración neoliberal del mercado de trabajo, y de los cambios operados en la estructura social argentina es que nuevos sentidos del trabajo comienzan a aparecer. Por una parte los propios del capitalismo informacional, como subcontrataciones, terciarizaciones, trabajos fuera de plantilla, y por otra los propios de las acciones que buscan obtener ingresos realizadas fuera de una relación regulada por la institución del mercado de trabajo en cualquiera de sus dos roles actorales, comprador (patrón) vendedor (asalariado). Dentro de la economía popular el trabajo aparece como una actuación

social institucionalizada en la que el propio actor dispone la organización técnica de la actividad y la racionalización de la actividad.

Dentro de la Plaza dominan las escenas propias del comercio de bienes manufacturados, comidas elaboradas, alimentos, algunos servicios (zapateros), venta de música o ropa usada. El trabajo, en el sentido que se apuntaba más arriba, implica la realización de una rutina o actuación económica en particular, el desarrollo de un guión de la misma y la composición de un personaje para su desarrollo. Así la actuación de papeles comerciales dominan la escena de la plaza. Si bien cada actor realiza su rutina particular muchos ejecutan rutinas muy similares que sólo se diferencian entre sí por los detalles en la composición del papel, tipo de bienes ofrecidos, calidades de los mismos, formas de organizar el puesto para que resulte más atractivo, o bien de la regulación de la actividad.

Pero estas actuaciones, si bien se escenifican de cara al público en la plaza, trascienden el ámbito de la plaza en su realización, la preparación y la puesta de ellas pueden implicar en ciertos casos escenarios más amplios que la plaza y temporalidades más dilatadas que sólo los sábados y domingos en que la plaza se recrea como performatividad mercantil. Asimismo no toda la actuación de los vendedores es exclusiva de la plaza, algunos participan de otros espacios de venta ya existentes en la ciudad, como la explanada de los Centros de Participación Comunitaria, en el caso de los que producen y tienen autorizaciones, de otras ferias de la economía popular ya existentes (microcentro, Argüello, Parque Las Heras) o de otros espacios con clientelas diferentes a las que acuden a La Plaza, como el caso de Glenda vendiendo ropa usada en Ciudad Universitaria.

La venta de ropa es mayoritaria en la plaza y es desarrollada preferentemente por mujeres que se agrupan mayoritariamente en el sector celeste. La venta de ropa usada es mayoría dentro de la venta de ropa y la proporción de mujeres sobre hombres aumenta aún más en este caso. En el caso de la ropa usada implica el desarrollo de estrategias y redes que permitan obtener la ropa durante la semana, ya sea de instituciones de caridad o de redes de conocimiento personal (Valeria), su selección, limpieza, planchado y acondicionamiento (Glenda). En el caso de la ropa nueva puede conllevar su adquisición en mayoristas del centro de la Ciudad de Córdoba, o largos viajes a la Feria La Salada en Provincia de Buenos Aires (Caso de Raúl) donde se ofrece directamente de los talleres de confección ubicados en el conurbano bonaerense o viajes a la Provincia de Salta, frontera con Bolivia, con los mismos fines. En el caso de la venta de

herramientas usadas, accesorios y repuestos tiene un trabajo similar, se desarrolla de manera exclusiva por parte de varones ubicados en el sector celeste quienes han contado previamente con un trabajo en el sector metalmecánico, metalúrgico, mecánica o construcción, (Sr. David) quienes se suponen “conocedores” del tema y con ciertas habilidades para adquirir stocks de repuestos y herramientas de mano usadas a precios razonables que permitan su reventa.

El tamaño de los puestos no es uniforme. Raúl posee varios metros del sector rojo, con personal a su cargo, a los que presenta como “sobrinos”, “amigos que lo ayudan” o su hermano. Posee un negocio en el centro de la ciudad, pero manifiesta que como su actividad comenzó en la plaza el sigue trabajando allí los fines de semana.

En otros casos la reventa de ropa se combina con la venta de ropa de elaboración propia, como en el caso de Raquel. Ella en particular durante la semana confecciona ropa en un taller de su propiedad, ubicado en su propia casa, donde cuenta con el trabajo de sus 2 hijas adolescentes, las que desde tempranas edades, al igual que ella, aprendieron el oficio de la confección, rudimentos de moldería, el uso de máquinas de coser profesionales, etc, a la vez que desarrollan sus estudios medios. De esta forma, en el seno de la unidad doméstica se resuelven cuestiones vinculadas a la racionalización de la unidad económica en términos más ventajosos que las condiciones del mercado.

Otro caso de trabajo doméstico y autoproducción es la venta de música y películas. En general la plaza es un ámbito donde la música es una presencia permanente, normalmente cuarteto, cumbia, floclor, pero también éxitos comerciales con presencia en las radios pueden escucharse a un volumen intenso saliendo de los puestos de venta de CDs y DVDs. En varios puestos pueden encontrarse música y películas de Bolivia, algunas incluso habladas en Aymara. Esta actividad implica la selección de los temas y el ordenamiento de acuerdo a un criterio en “compilados” o “grandes éxitos” de hasta 300 canciones, de un mismo autor o de un estilo. Con ello el trabajo de su copiado y reproducción en computadora, así como el diseño y reproducción de las tapas y su ensobrado. El trabajo en talleres hogareños, con participación familiar y a partir de habilidades adquiridas en oficios previos se presenta en el caso de Mingo, quien comercializa las artesanías en madera que fabrica en lo que funcionaba como su carpintería previo a enfermarse.

Otra escena es la venta de alimentos frescos (verdulerías) o comidas elaboradas. Si bien los puestos más grandes y con un montaje que implica un despliegue mayor de elementos escénicos pertenece a la comida típica de Bolivia, también se encuentran

minutas al paso del tipo choripanes, panchos o papas fritas. En el caso de la comida típica implica la comercialización de saberes heredados a través de recetas pasadas por generaciones.

En otros casos la propia actividad de venta puede ser lo más desarrollado, como en el caso de la sra. Remedios, vendedora de productos Avón. Luego de haber tenido una carrera sumamente estable como administrativa en el ámbito de profesiones liberales, y frente a una repentina e inesperada situación de desempleo, comienza la venta por catálogo de productos de belleza para la multinacional Avón. Esta empresa tiene un desarrollado sistema de ventas minorista a través de mujeres, por catálogos y micro financiamiento de las compras. Así las vendedoras adquieren los productos a pedido y financian en cuotas las compras. En su caso ha llegado a desarrollar una red de revendedoras de aproximadamente cien integrantes.

El trabajo y sus percepciones

Como ya se dijo, el trabajo adquiere distintas significaciones de acuerdo con los actores, su personaje particular, la rutina económica que desempeñan y la carrera en general que hayan seguido y el momento de ella en que se encuentren.

Verónica comenzó trabajando a temprana edad en la limpieza junto con su madre, cuando *“mi mamá agarró un trabajo”*. Posteriormente, en su único trabajo formalizado la *“llamaron”* de un supermercado para cubrir un puesto de cajera. En su percepción el trabajo se vincula a una oportunidad que aparece frente a ella de manera externa y no como una situación generada por la actora en función de sus capacidades, aún cuando reconoce haber sido valorada por su eficiencia y sus aptitudes cuando se desempeñó como vendedora externa. Así la idea de *“agarrar”* un trabajo cuando se presenta la oportunidad refiere a una posición activa en una situación en la que es pasiva, la situación de empleo se le presenta no es que sea generada por ella, las condiciones externas determinan que haya una oportunidad de trabajo y en lugar de desperdiciarla o dejarla pasar la *“agarra”*. En el caso del supermercado dice que *“me llamaron”* le dijeron que vaya, ella no genera la oportunidad, es pasiva y lo que hace es responder al llamado.

En el caso de su trabajo en la plaza también lo ve como dependiente de circunstancias externas a las que ella es ajena. Refiriéndose a que todavía no tiene el carnet que entre los vendedores de su sector sirve para identificar a quien ha dejado de ser *“visitante”* y ha pasado a ser una vendedora fija ella expresa:

- *EO: Sí, pero ella ya me dijo que cuando junten varios carnets para hacer recién me lo iban hacer. Pero yo le digo a ella: “a mí mientras me dejen vender”, que es lo que me importa. A mí el carnet me sirve en el caso de que venga el policía o algo de eso, pero de verdad a mí me hace falta vender. No me pongo complicada porque e a mí este trabajo yo lo agarro como trabajo realmente, ¿entendés?*

Manifiesta cierta pasividad respecto del trabajo al que sigue viendo como externo, a la vez que relativiza el sentido de ser vendedora como un verdadero trabajo. Ella toma a ese trabajo como un trabajo “realmente”, de verdad, genuino, aunque reconoce en ese trabajo una calidad diferente, inferior, al de un trabajo como performance patrono-obrero dotado de un estatuto de actuación. El trabajo cobra un significado ambiguo, en general externo y como un objeto escaso que viene de fuera y se “agarra” en términos de oportunidad, en particular con diferentes sentidos de acuerdo con que se trate de una performance tradicional en términos de obrero patrono cuya regulación depende del mecanismo institucional del mercado o se trate de una actuación económica por cuenta propia que la propia actora desarrolla para obtener sus ingresos, en particular quien ha tenido la experiencia previa en su carrera de trabajo asalariado.

Por su parte Glenda se manifiesta en una tensión entre su posición de delegada en su sector y el trabajo como vendedora o puestera porque ve al rol o papel ambivalente que representa, en el sentido de escindido en dos rutinas relacionadas pero diferentes, la venta y la organización, dado que para ella el trabajo de vendedor cuando se cumplen los dos papeles. En ese sentido para ella trabajo es sólo vender o representar una rutina determinada para obtener recursos o ingresos monetarios pero no participar en la organización y regulación de la plaza no es trabajar.

Desde su papel de delegada entiende que el trabajo es también una actividad legitimadora de actitudes y conductas. En el caso de la presencia en la plaza de los vendedores, en un contexto que, como ya se dijo, la presencia en el espacio público y el ejercicio de una actividad comercial en condiciones distintas a las del comercio establecido es puesta en cuestión por ciertos discursos dominantes, el trabajo legitima esa presencia, hace aceptable el estar allí. Así el trabajo funciona también como un ritual que tiene la virtualidad de transformar ante su mirada el significado de ciertas acciones y ciertos hechos. Para Glenda, hablando de la posibilidad de que la municipalidad saque a los vendedores, no los pueden “correr” aunque así lo deseen, porque es una fuerza de trabajo muy grande porque *“es mucha la gente que está laburando acá”* no sólo la

cantidad de actores sino el significado de la acción que desarrollan. Además de esa potencialidad, el trabajo es visto como un objeto que se consigue, se posee, se agarra, se toma o se pierde, a la vez que se asocia a cierta territorialidad. En su caso el relato de la migración de su familia de Salta a Córdoba lo relaciona con el trabajo y la pérdida de trabajo por su padre, él “*se quedó sin*” trabajo debido a su actividad gremial y se ven forzados a migrar.

Además el trabajo aparece como esa actividad-objeto positiva pero que carece de seguridad y continuidad, la continuidad laboral para ella es imposible, “*en la época que yo vivía*”, refiriéndose al momento previo a comenzar a trabajar en la plaza, cuando tenía trabajos en el sector tecnología, ya no había continuidad laboral. Ella vivía cuando tenía ese trabajo en el sector tecnológico para el que estaba calificada por sus estudios de ingeniería. Aparece la diferencia entre distintos trabajos, los que difieren en calidad. Una de las calidades es la continuidad o la permanencia en el tiempo. Para ella el trabajo hoy es temporal por lo que no te permite “*llevar calidad a la casa*”. Aparece entonces una comparación con un trabajo ideal que es estable, permanente, con ingresos que permiten superar ciertos consumos básicos. Por ejemplo cuando sostiene que “*eran todos trabajos temporarios*” adjetiva trabajo como temporario, es decir piensa en el trabajo como algo que debe ser más estable que los que ha tenido.

Si bien el trabajo tiene para ella el carácter de objeto aparece más marcado el sentido de actividad, en su discurso el trabajo es más algo que “*hice*” y no tanto “*tuve*”. Esa actividad que difiere entre lo real y lo entiende que debería ser aparece como una necesidad de hacer para recibir ingresos, por ejemplo cuando era recepcionaria de un programa de ingresos: “*yo planteé trabajar en lo que yo podía o sea en lo que yo sabía y tenía muchos conocimientos entonces quería poner un grupo de apoyo escolar*”. Pero a la vez de ser necesario trabajar el trabajo se relaciona con las necesidades, fundamentalmente el trabajo de vendedora en la plaza. Esas necesidades de la vida material legítima que alguien pueda estar en la plaza. “*Es mi caso es real*” (la necesidad) dice, es difícil marcar el límite entre quien necesita y quien no, dice. Lo sostiene en relación a otras personas, mujeres, que trabajan en la plaza pero que no viven exclusivamente de eso, tienen maridos con ingresos eso lo haría menos aceptable.

“Muchas veces se dijo allá que era solamente para la gente que no tenía trabajo, pero no podes poner ese límite, porque el límite entre lo que es y lo que no es, o sea no, no, no podes meterte tanto en la vida de la gente te

tenés que dar una idea de que la mayoría de los que van se nota que tiene un contexto social bajo.”

Glenda posee la memoria del trabajo asalariado, por su origen, su contexto familiar y su experiencia personal. Así diferencia entre trabajos de diferentes calidades entre los que tácitamente establece comparaciones de manera casi permanente. Donde uno es un objeto que se tiene, se posee y se desea, el otro es una actividad que se realiza pero que no acaba de ser como el primero, no cumple las expectativas ni las exigencias de lo que un trabajo debería ser. Así la memoria del trabajo influye en la valoración de su actividad. La salida del trabajo asalariado, el ingreso en un programa social y el posterior ingreso a las actividades de la economía popular marcan jalones en la valoración sobre el trabajo y su trabajo actual, esos jalones actúan como hitos entre los cuales establece diferentes valoraciones.

Para Erminda el trabajo tiene como referencia permanente a su marido, casada con 3 hijos, su historia laboral previa a la plaza ha estado siempre ligada al trabajo doméstico o el desempeño como ama de casa. Relata las actividades lucrativas en general, y el trabajo en particular, como una necesidad frente al apremio económico en los períodos de desempleo del marido. Cuando comienza a vender en la plaza es durante un período de desocupación de su marido, el que luego consigue trabajo pero ella continúa trabajando. Menciona muchas veces el trabajo de su marido, colocándolo como una actividad principal frente a la suya que resulta secundaria. En ese sentido esa actividad que realiza en la plaza le permite gozar de alguna autonomía financiera “*te permite tener tus cosas y eso es lindo*”. Si bien su marido “*es la persona más buena del mundo*”, en el sentido de que no tiene inconveniente a acceder a pedidos de cosas, las cosas obtenidas con su propio trabajo le significan cierto grado de autonomía, de independencia frente a su marido. El trabajo, entonces, asume esa dualidad de significados que se comienza a perfilar más arriba, por una parte el trabajo como actividad principal en la unidad doméstica pertenece a su marido, son empleos formales, en blanco, bajo la dirección de un patrono, con salario directo e indirecto, a diferencia del suyo, su actividad en la plaza que aparece como menor y secundaria y que no contribuye al grueso de la economía doméstica.

Pero el trabajo de la plaza puede pasar de ser accesorio a convertirse en principal, aunque el carácter de secundario o de inferior calidad del trabajo en la plaza persiste. Para Raquel por ejemplo, hablando de su propia historia de trabajo, el trabajo de su marido era el principal

después tuvimos un receso, así con mi primer hijo y cosía en casa yo, todo lo que sea zapatos. Después tuvimos un tiempo que verdaderamente ahí trabajaba bien, trabajaba muy bien.

- *ER: Cosiendo...*

-EO: No, que mi esposo trabajaba, él muy bien.

Pero no obstante el su trabajo puede pasar de ser secundario a ser visto como el principal

“ Desde ahí empezó mal con el patrón y dijo: “no trabajo más”. Porque la gente si trabaja es porque necesita el trabajo. Bueno y Así hemos estado, pusimos panadería nos fue mal, nos estafaron. Después volvió a poner panadería él, cuando yo empecé con esto empecé En realidad para dar una mano a la casa, los chicos, viste. Tengo cinco hijos yo.”

.....

Y yo empecé a vender viste pero para decir aumentar un poco la cosa en la casa y dio la casualidad que justo mi esposo se enfermó y no pudo trabajar más. Él viste empezó con diabetes, lo operaron, todas esas cosas y entonces no pudo trabajar en esa época. Estuvo un año sin poder hacer fuerzas, el calor viste todas esas cosas. Entonces yo ya vine y pedí permiso acá, eso fue hace 10 años, 11.

El doble significado del trabajo en la economía popular

En la plaza el trabajo adquiere dos significados, como acción y como objeto, a la vez que como trabajos de diferentes características, estables, bien pagos, que permite “aportar calidad” y “esto” que algunos tuvieron que “agarrar” por diferentes circunstancias.

Así el trabajo se representa como materialidad externa u objeto y como actividad o acción que ejecutan los actores. Como materialidad, se tiene, se agarra, se encuentra o se pierde, aparece en oportunidades que se aprovechan, así es una relación social compleja que se aparece como objeto de manera externa a los actores que despliegan una acción concreta sobre él. Mingo se enferma no puede trabajar más de chapista y “agarré esto”, el trabajo en la plaza como objeto, un objeto a la vez que de una calidad inferior al trabajo que tenía anteriormente

- EO: Y tengo el taller de chapa y pintura también, tengo todo, por ahí viene alguno, cliente viejos. Quiero que me lo arregles. Hay diferencia

trabajar en esto y trabajar en chapa y pintura. Y lo hago, son unas moneditas más viste, pero viste no

Pero a la vez que es una “cosa” en otras ocasiones el trabajo asume la característica de una acción, de un hacer que produce ciertos resultados, una acción con consecuencias positivas y no negativas. Por ejemplo el caso de Carmen, la vendedora de capillitas, se lastima cargando peso en la fábrica que trabajaba en Santa Fé, ella dice que “se” lastima, no que ese trabajo “la” dañó, el daño se lo produjo ella no la acción que desarrollaba. Para ella es un don a la vez que el trabajo en la plaza es un papel que la avergüenza y debe acostumbrarse a hacerlo, como ya se dijo anteriormente.

Si en general bajo la palabra trabajo se identifica el desarrollo de una actuación que permite obtener ingresos, ya sea a las órdenes de un patrón o por cuenta propia dentro de la “economía popular”, este sentido de la actuación, la búsqueda de ingresos, puede percibirse mejor en comparación con otros ingresos que no provienen del trabajo, o no directamente de él. Sobre las clases populares latinoamericanas pesa la percepción extendida de una relación distante con el dinero, desde una mirada de su situación de exclusión por su baja monetarización o desde miradas más naïf como una celebración de una pobreza que acercaría a una economía de dones. En trabajos recientes (Wilkis, A. 2013) se pone de manifiesto la presencia del dinero en las clases populares, a la vez que se ensayan clasificaciones de acuerdo al significado de vínculo entre los sujetos y el dinero. Así se habla del “dinero ganado” (Wilkis, A. 2013:99) al que corresponde a la contraprestación por un trabajo o un intercambio, es decir aquel que se recibe como consecuencia de la realización de una actuación económica que en ese contexto se percibe como acreedora de ingresos, pero más específicamente una actuación mercantil (ya sea de objetos o fuerza de trabajo).

El trabajo, en las acepciones que se vienen desarrollando, genera “dinero ganado”, a la vez que tiene la virtualidad de hacer aceptable, admisible frente al actor mismo ciertos ingresos o por lo menos construye frente a los demás una imagen aceptable de los ingresos que los individuos obtienen. De la comparación entre el dinero ganado con el trabajo en la plaza y los ingresos (no sólo monetarios) percibidos en concepto de programas de ingresos o diferentes tipos de ayudas sociales se puede recortar la legitimidad del trabajo acción de “menor calidad” como califican algunos actores a su trabajo en la plaza. Así como de la comparación entre sentidos del trabajo surgen calidades diferenciadas, del tipo de ingresos que provoca un trabajo percibido como menos valioso, como más incómodo frente al actor mismo, puede aparecer parte

de su legitimidad, de su capacidad de crear al actor una imagen más aceptable de sí mismo frente a él y frente a lo que él supone los demás valoran.

Algunos de los actores son reticentes a reconocer que perciben ingresos o bienes por programas o bien no identifican esa percepción en un programa social. En general la recepción de ayudas de programas sociales no es bien vista, pero todos los entrevistados, salvo dos, son beneficiarios o derechohabientes de algún programa de orden nacional o provincial. En general los receptores de estos programas frente al entrevistador tienen que guardar su cara, presentar un rostro que haga aceptable la recepción del ingreso o de los bienes en concepto de un programa social. Así el receptor no se identifica en un personaje en particular. Es construido desde el estado como un derecho-habiente y alguna parte de los vecinos y pares, los otros, como receptores pasivos sin derechos e ilegítimos, los que están de acuerdo como un merecido pobre que. Él se justifica porque no se construye un personaje para ello, ni se identifican en un personaje que recibe ayuda, cuando el entrevistador desenmascara esa situación, deja sin cara o profana al entrevistado este da una explicación sostenida sobre la ayuda o la necesidad, presenta la recepción de manera tal de hacerla parecer aceptable para el otros.

Glenda, quien tiene una trayectoria en relación de dependencia pero terciarizada habla de los programas como relación de dependencia. En su caso es interesante como opera la cuestión ideológica. Se identifica políticamente con el gobierno nacional que ha tenido una política de ingresos bastante extendida a través de programas con tendencia a la universalidad (Asignación Universal por Hijo o programas focalizados que garanticen ingresos de sostén). En esa disputa se encuentra asociado al gobierno nacional a quienes defienden la existencia de dichas políticas. Por otra parte el discurso conservador muy extendido, incluso entre los propios beneficiarios de los programas, se encuentra que se estigmatiza a los receptores como “vagos que viven a costa de quienes pagan sus impuestos”. En esa discusión Glenda se posiciona políticamente indicando como trabajo en relación de dependencia su pertenencia a un programa en el pasado previo a su llegada a la plaza

“el grupo que hace apoyo fue fantástico y una realización personal así de ver la evolución de los chicos, de una... este, eso básicamente, ese fue el último año que trabajé en relación de dependencia.”

Pero a la vez lo que hace es justificar esos ingresos. Presentarlos como algo legítimo en un contexto en que son estigmatizados.

Por su parte Valeria cuenta como prepara su trabajo en la plaza mostrando sus habilidades para desarrollar su rutina consiguiendo objetos para poner a la venta. Ella comenta no percibir planes o programas “no he tenido suerte”, pero a la vez comenta que recibe la leche para los hijos que le dan en un dispensario. Recibe beneficios de un programa pero niega que sea un programa social, no lo reconoce como tal porque no es dinero. Comenta a la vez que algunas veces trae leche pero que dejó de hacerlo “porque es hacer daño”. Vender algo que recibió gratuitamente (en el sentido de que no tuvo que pagarlo con dinero) lo percibe como malo y negativo. Ella no se identifica como beneficiaria de un programa social, a la vez que no se ve como receptora o portadora de un derecho, es más bien visto como un premio. Comenta que no tuvo “suerte” con los programas. No es que los merezca o le corresponda en función del rol o papel que desempeña sino que es una cuestión aleatoria que tiene que ver con la fortuna y no con un derecho. Esos ingresos son para ella menos legítimos que los del trabajo en la plaza.

En la comparación puede establecerse que el trabajo tiene la facultad, la cualidad de producir ingresos, como una facultad alquímica. En la creencia de los actores si se sigue un procedimiento preestablecido el dinero aparece. Cuando el vendedor hace una rutina ritualizada y preestablecida, ir marcar el espacio, acordar con los demás, ingresar en un equipo, pasar la admisión, conseguir ciertos objetos, exponerlos, acondicionarlos, ofrecerlos y entregarlos a cambio de dinero los “ingresos” aparecen. Así, el ritual, la rutina ha sido exitosa, la actuación ha sido creíble y ha dado el resultado esperado. Cuando se trata de programas sociales, cuando se trata de los ingresos obtenidos a través de los programas sociales, a los que los actores se refieren genéricamente como “planes”, es un tanto diferente. El rito por el cual el ingreso se obtiene falta, probablemente los actores tengan que recurrir a una rutina diferente para conseguirlo, entonces esos ingresos adquieren un carácter y una significación diferente que el “trabajo” puede producir, son sospechosos, ilegítimos, no conllevan “esfuerzo”.

Trabajo, ingresos y necesidades

En las entrevistas y las conversaciones informales con los puesteros el dinero es el gran ausente. Nunca aparece de forma directa, es difícil verlo en concreto. Luego de varios días de observación comienza a aparecer en riñoneras, nunca en cajas o de manera visible. En la conversación aparece eufemizado, de casualidad, atado a otras cuestiones, de forma secundaria y sólo cuando es inevitable. Lo curioso, y paradójico, resulta esta ausencia en el contexto de una feria, de un mercado, donde la actividad de

los actores está mediada permanentemente por el comercio, el intercambio de cosas por dinero. Así el dinero ocupa el centro en silencio, aparece como naturalizado, ocupa el centro sin ser central en el discurso, en el sentido de que la valorización del capital es más una necesidad del trabajo para obtener los recursos para cubrir otras necesidades de la vida material que un fin en sí mismo.

El trabajo en la plaza aparecía anteriormente como ligado a la necesidad entendida como carencia material. A su vez la necesidad o las necesidades aparecen en un doble sentido. Los actores se refieren a ellas como una cualidad relativa a ciertas personas “gente necesitada”, así como a una situación particular de carencia de bienes materiales “la necesidad”, “pasar necesidades”. En el caso de Glenda la necesidad es una cuestión netamente material, de necesidades materiales y funciona como un límite a la vez que como una justificación del trabajo y de la actividad de los y las feriantes. Ante una pregunta sobre si la totalidad de sus ingresos los obtiene en la plaza responde que sí, que su caso es el único que es real, porque hay otros casos de personas que completan o aumentan sus ingresos con el trabajo en la plaza en la medida en que esos actores tienen otros ingresos. Así marca que hay situaciones más legítimas que otras para trabajar en la plaza. Porque frente al entrevistador tiene presente la “irregularidad” en la plaza, entonces su situación, frente al entrevistador, es presentada como enteramente legítima porque la totalidad de sus ingresos son de la plaza. Su necesidad es más grande, es mayor, entonces que las de otras personas. Así la necesidad es opuesta al lucro o la ganancia como motivación, proscribiéndose el lucro en algunos discursos en los que la necesidad, como carencia, aparece contrapuesta y contradictoria con el lucro y la ganancia del capital.

Bibliografía

- Bangasser, Paul E. (2000) *The ILO and the informal sector: an institutional history*. (Employment Paper 2000/9). Ginebra: ILO Publications
- Chávez Molina, Eduardo (2010) *La construcción de la confianza en el mercado informal*, Buenos Aires, Trilce
- Coraggio, José Luis (1996) *El trabajo desde la perspectiva de la economía popular*, mimeo en <http://www.coraggioeconomia.org/jlc/archivos%20para%20descargar/desarrollo%20local/BARILOCH02.pdf>
- Geertz, Clifford (2001) “The Bazaar Economy: Information and Search in Peasant Marketing” en AAVV *The Sociology of Economic Life*, Boulder, Westview

- Goffman, Erving (2009) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrotu
- INDEC (2003) *La nueva Encuesta Permanente de Hogares de Argentina 2003*, Buenos Aires, INDEC
- Kaplan, David (1974) “La controversia formalistas–sustantivistas de la antropología económica: reflexiones sobre sus amplias implicaciones” en *Economía y Antropología*, Barcelona, Anagrama
- Marx, Karl (2010) *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Colihue
- Núñez Soto, Orlando (2011) *La economía social solidaria en las naciones proletarizadas y el proletariado por cuenta propia en la transformación*, Managua, CTCP-FNT
- Polanyi, Karl (2009) *El sustento del hombre*, Madrid, Capitán Swing
- Wilkis, Ariel (2013) *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*, Buenos Aires, Paidós
- Yampara Huarachi, Simón (2007) *La cosmovisión y lógica en la dinámica socioeconómica del qhatu/feria 16 de Julio*, La Paz, PIEB